

---

---

# PRESENCIA INTERNACIONAL DEL GENERAL SANTANDER

Pablo García Pombo

---

---

**S**i la historia de Suramérica y de Colombia en particular, se enorgullecen de los brillantes hechos militares del General Francisco de Paula Santander que lo consagran como el organizador de la victoria de la Nueva Granada, —y a quien luego por su respeto a la Constitución se llamaría el “Hombre de las Leyes”—, siempre merecerá también la gratitud de Colombia por la huella que dejó en forma imperecedera en sus relaciones exteriores, junto con sus insignes colaboradores en su labor diplomática como Estanislao Vergara, Pedro Gual, Manuel Torres, Joaquín Mosquera, Lino de Pombo, Ignacio Sánchez de Tejada, entre otros. Como decía el doctor Laureano García Ortiz, uno de los más destacados analistas de Santander, “los caudillos militares colombianos, más que generales de consigna, han sido heroicos jefes de ciudadanos y paladines de orden legal. El carácter eminentemente civil de los gobiernos de Colombia se ha destacado entre las dictaduras militares de estas repúblicas, con la misma nota severa con que, desde los tiempos de Franklin, la casaca negra de los embajadores estadounidenses se destaca entre el relumbroso oropel de las cortes europeas. Todas las veces que esta u otra semejante observación venga a mentes colombianas, otras tantas se remontarán con fervoroso sentimiento de gratitud al primer mandatario neogranadino que supo colocar su bastón de magistrado por encima de su espada victoriosa”.

Durante la Gran Colombia, las ideas del Libertador Bolívar marcaron pauta de la política internacional de Sur América.

Pero correspondió al vicepresidente General Francisco de Paula Santander, como encargado del Poder Ejecutivo de 1819 a 1827, llevar a la práctica ideas bolivarianas e iniciar de modo decisivo y formal las relaciones que debían complementar el triunfo de la

independencia, y obtener de las demás naciones el reconocimiento del nuevo Estado.

No habiendo obtenido los suramericanos ningún auxilio de los Estados Unidos para la lucha por la independencia, existía la opinión casi general de que ese país no sólo no había ayudado en nada sino que siempre se había inclinado a favor de España. Don Pedro Gual, secretario de Relaciones Exteriores, le comunicaba esto en agosto de 1821 a nuestro encargado de negocios en Washington don Manuel Torres.

Gracias a esta gestión diplomática en Washington, el presidente James Monroe en su mensaje al Congreso de los Estados Unidos del 2 de mayo de 1822, declaró que Colombia, Chile, Perú, Buenos Aires y Méjico se reconocerían como naciones independientes, y el 19 de junio siguiente fue recibido don Manuel Torres por el presidente Monroe en solemne ceremonia en la Casa Blanca, siendo la primera vez que un diplomático latinoamericano era recibido por el gobierno de Washington.

Se había llegado, pues, por la vía diplomática, a un triunfo tan valioso para la República como el alcanzado militarmente en Boyacá, y que debía consolidar la existencia de Colombia indicando un nuevo rumbo de política respecto a España y demás naciones europeas y de América.

El General Santander apreció muy bien la política internacional de los Estados Unidos, e interpretó fielmente los sentimientos de Colombia a este respecto. Supo ver la alta trascendencia que para la República de Colombia tendría entonces, y en el futuro, el curso de unas buenas relaciones entre los dos países. Así lo corroboró en su mensaje al Congreso de 1823. "El gobierno de los Estados Unidos ha dado un ejemplo sublime de justicia reconociendo solemnemente la independencia y soberanía de los Estados de América del Sur. Aquel pueblo, cuna de la libertad de la tierra, ha visto con satisfacción este acto eficazmente demandado por la política y por la sana razón, y los miembros de su gobierno han añadido por semejante conducta nuevo lustre a la gloria de un pueblo libre y a la suya propia".

En cuanto a la Gran Bretaña, desde 1820 el Libertador Bolívar había iniciado sus esfuerzos para el reconocimiento de la independencia por parte del Foreign Office y al efecto fue nombrado agente colombiano en Londres don Francisco Antonio Zea, cuya primera labor fue manejar la difícil situación con los acreedores británicos por sus préstamos al Gobierno de Colombia. Después de la muerte del señor Zea en Bath en 1822, fue sucedido por don José Rafael Revenga y a éste lo reemplazó el ilustre orador payanés don Manuel José Hurtado. El tratado correspondiente fue firmado en Bogotá el 10. de

abril de 1825 por don Pedro Gual y los diplomáticos ingleses Hamilton y Campbell, después de lo cual el Rey Jorge IV de Inglaterra recibió solemnemente al señor Hurtado el 7 de noviembre. El Libertador al recibir del General Santander la grata noticia, le había escrito en nota oficial desde Arequipa el 8 de junio: "He recibido ayer con gozo indecible la gloriosa comunicación que Vuestra Excelencia me ha hecho el honor de dirigir participándome el reconocimiento de Colombia por la señora de las Naciones, la Gran Bretaña. Vuestra Excelencia merece, pues, la gratitud de Colombia y del género humano. Acepte Vuestra Excelencia la mía, como soldado y como ciudadano".

El reconocimiento para la política del nuevo Gobierno de la Gran Colombia por parte de la Santa Sede, se produjo gracias a la misión diplomática cumplida en el Vaticano por don Ignacio Sánchez de Tejada, a quien el General Santander había nombrado como enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario ante los Estados Pontificios. En virtud del patronato vigente entonces, el Sumo Pontífice daba al Rey de España el derecho de presentar candidatos para los obispados y otros cargos eclesiásticos. La Gran Colombia argumentó que el nuevo gobierno civil tenía ahora este privilegio y no el rey. Como consecuencia de las gestiones colombianas, el 21 de mayo de 1827 el Papa León XII nombró como Arzobispo de Santa Fe al Ilustrísimo señor don Fernando Caicedo y Flórez, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de Santa Marta don José María Estévez, de Cuenca a don Félix Calixto Miranda y de Caracas a don Ramón Ignacio Méndez, todos sacerdotes de reconocida tradición patriótica y figuras proceras de la Independencia. Contra la violenta protesta del Rey Fernando VII, el nombramiento pontifical reconoció tácitamente al nuevo Gobierno colombiano al eliminar el derecho de patronato que tenía la corona española.

En cuanto al Congreso Afictónico de Panamá, con el cual el Libertador Bolívar quiso iniciar su sistema panamericano, se reunió sólo con representantes de Colombia, Centroamérica, Méjico y Perú. Por Colombia asistieron don Pedro Gual y don Pedro Briceño Méndez. El Tratado, firmado el 15 de julio de 1826, de Unión Liga y Confederación Perpetua, y por el cual se estableció la asamblea general de las potencias confederadas como tribunal supremo para las relaciones entre ellas, no correspondió, como tampoco los resultados generales del Congreso, a los fines propuestos, ni pudieron éstos llevarse a la práctica. En fin, algo se ha hecho, decía el General Santander, y hemos logrado siquiera ver reunidos a cuatro de los principales Estados americanos.

La discreción, tino y energía del General Santander se reflejan en su citado Mensaje al Congreso de 1823 cuando dice: "Con las

potencias europeas hemos procurado iniciar algunas relaciones diplomáticas, reducidas por ahora a obtener un reconocimiento explícito de nuestra soberanía nacional. El gobierno de Colombia ha procurado acreditar a todas las naciones que la buena fe y la justicia son firme regla de nuestra conducta, y que nos haremos un deber el respetar las leyes de todos los Estados, sus derechos, y los de sus respectivos individuos. Esta será siempre la conducta del Gobierno y la de los ciudadanos de Colombia como el medio de vivir en paz y buena inteligencia en la sociedad del Universo".

Los acontecimientos políticos de 1827 y 1828, que llevaron a la República a la dictadura del Libertador Bolívar, motivaron el decreto del 27 de agosto de 1828 por el cual se suprimió el cargo de vicepresidente que ocupaba el General Santander lo que le fue comunicado por don José Manuel Restrepo, su amigo, como secretario del interior. La respuesta del General Santander, obedeciendo pero pidiendo se le informase si se le había dejado de ser vicepresidente absoluta o temporalmente, y si se le había privado de ese puesto por suspensión o por sustitución, decía: "Quiero sólo saber en qué términos he dejado de ser vicepresidente de Colombia y no dejar vacilante mi honor en el concepto público después de cerca de diecinueve años de servicio a la Patria".

Días después, el 11 de septiembre de 1828, el secretario de Relaciones Exteriores don Estanislao Vergara participó a Santander que el Libertador, de acuerdo con el Consejo de Estado, había tenido a bien nombrarlo como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República de Colombia ante el gobierno de los Estados Unidos de América. La respuesta de Santander al gobierno tiene fecha 19 de septiembre y en estilo muy elevado dice que acepta el nombramiento que estima altamente, y que le hace creer que el gobierno piensa que todavía puede prestar a la patria algún servicio, aunque lejos de ella.

Es de gran importancia para el estudio de aquellos días aciagos que veían acercarse el final de la Gran Colombia, el estudio del documento histórico en el cual el General Santander expresó su opinión sobre su nombramiento. Siempre había deseado para el futuro la posibilidad de salir al exterior con un cargo de esta naturaleza, lo cual consideraba de importancia en su carrera pública, y de modo especial quería ir a los Estados Unidos, nación por la cual había mejorado mucho su opinión en los últimos años y con la cual había establecido relaciones diplomáticas trascendentales para la causa suramericana. Desafortunadamente el grave rumbo de los acontecimientos de los días siguientes, cambió drásticamente su desarrollo.

Ya en camino hacia el destierro, el General Santander salió de Santa Fe el 15 de noviembre del mismo año de 1828. Lo acompañaban

además de su escolta vigilante a cargo del maléfico Teniente Montebrune, su cuñado y gran amigo el Coronel José María Briceño Méndez, un ayudante Francisco González, y su fiel servidumbre que formaban Juan, el negrito Cruz Cabrejo y José Delfín Caballero, quienes también lo acompañaron en Europa. El doctor Laureano García Ortiz cuenta que a fines del siglo pasado, y por sugerencia de las señoras Briceño Santander, sobrinas del general, visitó junto con don José Camacho Carrizosa a José Caballero, quien casi nonagenario vivía en una limpia y modesta casita del barrio alto de las Aguas, a donde los llevó su amigo Concho Rodríguez, portero del Banco de Colombia. Interesantísima y única entrevista de este personaje, excepcional testigo de gran parte de la vida del General Santander, ya que entró a su servicio desde 1823 como chino de los mandados, para usar lenguaje bogotano, y con ejemplar fidelidad lo acompañó en la prisión en el castillo de Bocachica y al destierro en Europa y los Estados Unidos, y a su regreso en la presidencia hasta su matrimonio con doña Sixta Pontón Piedrahíta en 1836, y casi a diario hasta su muerte.

Después de los siete tremendos meses en la prisión del castillo de Bocachica, fue embarcado el 16 de junio de 1829 el General Santander a Puerto Cabello donde anotó en el Prólogo de su Diario: "Permanecí a bordo en bahía hasta el 27 de agosto en que felizmente fui transbordado al bergantín María, bajo el pabellón de Hamburgo, en virtud de que el gobierno de Colombia me permitía salir del territorio de la República para Europa. El bergantín dio la vela el mismo 27 y después de un viaje bastante feliz no obstante dos tempestades que sufrimos en el océano y en el Canal de Inglaterra, llegamos a Hamburgo el día 15 de octubre por la mañana".

Ya en la relación del viaje del 27 de agosto al 15 de octubre, anotaba diariamente observaciones sobre la posición astronómica, los vientos e interesantes comentarios, como, al pasar ya cerca a las costas inglesas el 10 de octubre—, recordó al divisar a Hastings la victoria de Guillermo El Conquistador, el normando que en la famosa batalla del año 1066 derrotó a Harold rey de los anglosajones y ganó la corona de Inglaterra. Luego menciona las bocas del Rhin, La Haya y Amsterdam, la entonces inglés isla de Heligoland, y por Cuxhaven entran al Elba, pasando por Glückstadt y Stade para fondear en Hamburgo el 15 de octubre por la mañana.

Allí se inició para el General Santander esta etapa extraordinaria de su vida en Europa, abriendo un nuevo panorama que gracias a su Diario nos permite conocer la obra de un verdadero humanista, con gran sensibilidad en asuntos artísticos que hasta entonces no había podido desarrollar completamente. Se hospedaron en el Hotel de Russie, en la esquina de Jungfernstieg o Paseo de las Doncellas, frente al lago Alster en pleno centro de la ciudad hanseática.

En Hamburgo tuve oportunidad de repasar sus experiencias de los primeros meses de vida europea, y de estudiar en los medios académicos de la ciudad hanseática lo mucho que nos dejó en su diario, comparándolo con lo que es la metrópoli de hoy, y lo mucho que apreció a sus gentes y cómo éstas lo recibieron y admiraron, según confirmó el general en carta del 12 de noviembre a su amigo y apoderado don Juan Manuel Arrubla: "Todavía estoy en esta ciudad que parece tener para mí una violenta fuerza de atracción. Ciertamente que no espero recibir en ninguna otra parte tantas consideraciones ni tantos obsequios como los que recibo aquí diariamente. Mil enhorasbuenas me doy de haber venido a Hamburgo. Si todos los europeos son tan atentos y amables como los hamburgueses, es una delicia visitar la Europa". Allí estableció amistades muy importantes que le abrieron puertas en los principales centros sociales, culturales, científicos y financieros de Europa y por todo esto conservó de Hamburgo, ciudad siempre de avanzada cultura, un cariño y agradecimiento imperecederos.

Sus descripciones sobre Hamburgo y la ciudad vecina de Altona, entonces danesa, y sobre los altos personajes de la sociedad hamburguesa que trató, como el banquero señor Baur, quien lo conectó con la casa Rotschild en Frankfurt y París, el secretario de Relaciones Exteriores Sieveking, los senadores Merck, Amsinck, Pehmöller, el burgomaestre Bartels, el señor Hudtwalker y tantos otros nombres ilustres, confirman estos sentimientos y puede uno imaginarse las escenas tan agradables como los elegantes convites, las cacerías de otoño a que lo invitaban a los alrededores como Quickborn y Rellingen, y también crónicas simpáticas como la de haber tomado el té con sus amigos Oldermann y Frank abogados, el 3 de agosto de 1830 en un sitio campestre que no es otro que el hoy elegante y central barrio de Eppendorf, donde la Schöne o Bella Marianne, de quien cuenta Santander "es una joven que ha pasado por la más hermosa del país y en efecto lo es a pesar de que va entrando en los 40". Se sorprende como aún cualquiera de nosotros lo hace, con las bellas escenas invernales del lago Alster congelado, y a la vista, desde su ventana de la posada, de las gentes patinando y los caballos con sus campanillas arrastrando los coches sobre la superficie del río Elba. También comentan cómo en las lujosas residencias del señor Baur en Altona y del señor Sieveking en Blankenese, vio con gran gusto pequeños maizales que le recordaron con nostalgia a su querido Hato Grande.

En Hamburgo, y al día siguiente de su llegada, el 16 de octubre, empezó también para el general su feliz peregrinaje por los teatros de ópera europeos. Pudo dar todo el gusto a su afición por la ópera y se puede decir que casi no hay día en que no concurriera a ver alguna obra durante su permanencia en Europa, dejándonos sus detallados

y muy acertados comentarios. También correspondió a Santander ser testigo del advenimiento del romanticismo en París al ver el 29 de marzo de 1830, a Hernani, el drama de Víctor Hugo estrenado días antes en el Theatre Francais. El historiador y filólogo hamburgués Herbert Scheneider —quien me honró con su amistad, y es de grata recordación en Bogotá por sus trabajos con el Instituto Caro y Cuervo en los años 60's,— comparaba la época de la llegada del General Santander a Hamburgo, con la del Precursor Francisco de Miranda en 1788, con cambios tan decisivos en la historia de Europa y del mundo, — con la Revolución Francesa y la era napoleónica,— y, en lo que hace a Hispanoamérica, con el advenimiento de la independencia, que en tiempos de Miranda no había pasado de ser el sueño inspirador de su vida. Decía el profesor Scheneider que al contemplar las efigies de los dos personajes, se ve a Miranda como un caballero dieciochesco, que andaba por Versalles o San Petersburgo con sus orlas de encaje y su peluca y trenza empolvadas, mientras que Santander recuerda las estampas del romanticismo europeo como Alfred de Vigny, Franz Liszt, Alexander Pushkin y Robert Schumann.

De especial importancia fue la buena amistad que hizo el General Santander con el doctor Karl Nikolaus Röding, en cuyo nombre existe hoy el Central Rödingsmarkt, y quien fue a visitarlo a su hotel de Russie, a los pocos días de su llegada a Hamburgo. El doctor Röding, cuya labor de divulgación de informaciones objetivas e interesantes a la vez sobre el Nuevo Mundo hispanoamericano ha merecido los más calurosos elogios, editó en Hamburgo entre 1825 y 1832, bajo su dirección, la revista "Columbus-Amerikanische Miscellen". No es pues de extrañar que Röding y Santander se hicieran buenos amigos. El general le suministró importantes informaciones sobre Colombia y le obsequió sendas copias del oficio con que el Libertador lo había felicitado por su reelección a la vicepresidencia y de la representación que desde Bocachica dirigió al Consejo de Gobierno pidiendo su libertad. El doctor Röding publicó en su revista Columbus varios artículos que luego, —con una breve biografía del General Santander,— fue editada en la imprenta de Hoffmann & Campe en Hamburgo en 1830 bajo el título Biographische Skizze des Generals Francisco de Paula Santander, cuyo único ejemplar original en alemán que se conozca, existe en el British Museum de Londres. El Académico doctor Horacio Rodríguez Plata infatigable estudioso del General Santander, logró conseguir por medio de un profesor de Vanderbilt University una fotocopia que traducida del alemán al español por R.P. Alberto Lee López, incluyó en su completa y documentada obra "Santander en el exilio".

A iniciativa del doctor Röding y del famoso litógrafo Otto Speckter, el pintor hamburgués I.P. Liser hizo un curioso retrato del

General Santander que apareció en la edición ya citada de la biografía del doctor Röding, y que está reproducida en la magnífica Iconografía de Santander que publicaron sus ilustres biógrafos y académicos doña Pilar Moreno de Angel y Horacio Rodríguez Plata.

Si bien al General Santander le agradaba el trato que recibía y le hacía sentir menos las amarguras de los primeros meses de su exilio, no era tan solo por las deliciosas veladas musicales, exquisiteces culinarias y demás esparcimientos agradables, sino ante todo por encontrar en Hamburgo a tantas personas importantes que conocían a fondo a la joven América recién emancipada y, lo que es más, por el auténtico y profundo interés que a estas personalidades de Hamburgo mereció la América Latina, tradición que afortunadamente se conserva hasta nuestros días.

Después de esta primera intensa estadía en Hamburgo salieron el general y sus acompañantes el 14 de diciembre de 1829 hacia Hannover, capital entonces del reino del mismo nombre y dependiente del rey de Inglaterra después de haber sido durante la invasión napoleónica la capital del reino de Westphalia bajo la corona de Jerónimo Bonaparte. De allí pasaron a Göttingen, donde visitaron la antigua universidad, y a Marburg, la antigua ciudad del Landgraf de Hesse, a ver el sepulcro de su esposa Santa Isabel de Hungría, patrona de la catedral de Santa Fe de Bogotá. Llegaron a Frankfurt, ciudad libre y sede de la Dieta Germánica. En la noche de Navidad fueron a un concierto de cámara y en él tuvo el gusto de conocer a nadie menos que al genial violinista genovés Nicolo Paganini a quien estaba dedicada la función. De Mainz o Maguncia, la ciudad de Gutemberg y ya por la encantadora vía del Rhin, pasando por Koblenz, las bocas del Mosel y del Nahe, — en fin todo el núcleo de la zona vinícola, — llegaron a Bonn, ciudad episcopal y universitaria, y luego a Colonia. De todo esto son fascinantes sus minuciosas descripciones sobre el arte, las universidades y sus sistemas y tantas cosas que despertaban su interés.

A los Países Bajos entraron por Maastricht, donde pasaron la noche ya que el diario anota que el teatro presentaba dos óperas. Al dejar el Rhin, cruzaron hacia Lovaina y Bruselas donde demoraron un mes y escribió interesantes anotaciones sobre la historia del país desde las cortes de Brabante y Borgoña, y detalles sobre la epopeya de Waterloo, o el convulsionado ambiente político pocos meses antes de la revolución popular que creó su propio reino desmembrándolo del de Guillermo de Orange, aunque sin comentar directamente el tema revolucionario de los belgas. En Bruselas tuvo varios importantes encuentros con el General José de San Martín, todo lo cual comentó en extensa carta a su amigo el doctor Francisco Soto. El anterior



embajador belga señor Willy Stevens, de grato recuerdo en Bogotá, nos dejó el año pasado interesante estudio sobre el General Santander en la Bélgica prerrevolucionaria, que fue publicado en la revista de TADEO. (No. 19, marzo 1989).

Después de visitar Amberes y anotar sobre la obra portentosa de Rubens, siguieron a París donde llegaron el 17 de febrero a alojarse en el hotel Boston, cerca del Boulevard des Italiens. Los cuatro meses y medio de permanencia en París fueron de intensa actividad de todo orden para el incansable interés del General Santander por lo que pudiera hallar de provecho para Colombia. En los funerales de don José María Salazar, Ministro de Colombia en Francia fallecido el 21 de febrero, conoció Santander al venerable General y marqués de Lafayette, personaje notable en la Revolución Francesa, en la independencia de los Estados Unidos y de importante actuación en los sucesos de 1830 en Francia, quien le causó gran admiración y respeto y lo acogió en forma muy amable. Varias veces en su residencia del a Rue D'Anjou Saint Honoré, conversaron de muchos temas importantes, incluyendo el de sus relaciones con el Libertador Bolívar, a quien el General Lafayette escribió hermosa carta al respecto el 1° de junio, pero que llegó a su destino cuando el Libertador había salido de Santa Fe para no regresar más. De Berlín y de Nueva York continuó escribiéndole y luego desde Bogotá en marzo de 1834, ya como presidente de la Nueva Granada, pidiéndole su colaboración en el incómodo y difícil caso del cónsul francés en Cartagena, señor Barrot, que casi ocasiona un ataque de la armada francesa al principal puerto colombiano. Su amistad con el General Lafayette se continuó hasta la muerte de éste en 1836.

A muchos otros personajes trató Santander en París, como el vizconde de Chateaubriand, el banquero Jacob Rotschild por presentación que le hiciera su amigo hamburgués el señor Baur, numerosos miembros de la Academia Francesa donde asistió a varias sesiones invitado, al célebre escultor David D'Angers quien hizo conocido medallón en bronce, varias veces reproducido y otros dos en mármol que conservaban en Nueva York los descendientes de su hija doña Clementina Santander de Freyre. En carta a su hermana Josefa Santander de Briceño a Bogotá el 2 de abril de 1830 le repasa su apretado programa social semanal y le agrega: "La buena sociedad de París me acoge con distinción. No obstante todo esto, y que esta capital ofrece como casi toda Europa grandes atractivos, grandes cosas admirables, yo suspiro por Bogotá, y deseo vivir en Hato Grande con mi familia".

Con fecha 4 de julio de 1830 el General Santander hizo enviar desde París su famosa Exposición a los Representantes del pueblo de Colombia, uno de los documentos más importantes entre los muchos

que escribió en Europa en relación con el proceso que se le siguió como consecuencia de la conspiración del 25 de septiembre de 1828.

Terminada la inolvidable primera estadía en París, el general salió por Amiens para conocer la catedral, y se embarcó el 4 de junio en Calais para atravesar el Canal de la Mancha a Dover y llegar a Londres el 8 de junio y se alojó en una casa particular en 51 Terrington Square. Fue allí el largo y concienzudo análisis de los aspectos sociales y legales, la justicia y el desarrollo que anticipaba la pujante industria británica, y de las dificultades para aplicar tanta cosa interesante en Colombia.

En Londres conoció al famoso y ya anciano filósofo utilitarista Jeremías Bentham, cuyas teorías causaron violentas discusiones y polémicas en la Nueva Granada. Como el "Hombre de las Leyes" tenía especial interés en conocer el Imperio Ruso, y la viuda de Miranda le había mostrado varios recuerdos de la Emperatriz Catalina II la Grande, el señor Bentham le dio una extensa y amable carta de presentación para el Almirante Sergei Smolenko Mordinoff. Sin embargo el viaje a Rusia no lo pudo efectuar, porque el ministro del Zar en Inglaterra le confirmó que solamente se extendía pasaporte visado para ciertos ciudadanos nacidos en los países americanos recién independizados que viajaran a Rusia por asuntos comerciales.

El 10 de julio después del fructuoso mes en Londres se embarcaron hacia Ostene, y por la vía de Brujas, Gent, Breda, La Haya, Leyden y Haarlem, llegaron a Amsterdam sobre lo que escribió varias páginas en su diario y admiró las experiencias de Pedro el Grande para cambiar el destino de su pueblo y europeizar el Imperio Ruso. En Amsterdam por la prensa francesa se enteró que el Libertador había salido definitivamente de Bogotá para Cartagena y que el Congreso había elegido el 4 de mayo a don Joaquín Mosquera como Presidente del Estado y al General Domingo Caicedo como vicepresidente.

De Amsterdam navegaron en rápido tiempo de 42 horas para regresar a Hamburgo el 26 de julio de 1830, pasar el general otras semanas en la ciudad tan querida para él, nuevamente en el hotel de Russie y poder gozar otra vez de sus magníficas amistades.

El segundo gran viaje del general, saliendo de Hamburgo el 16 de agosto de 1830, fue más largo que el anterior y en sus primeras etapas atravesó los reinos de Prusia, Sajonia y Baviera para entrar a Italia por el Tirol. Berlín, la capital prusiana, estaba bajo el reino de Federico Guillermo III, uno de los fundadores de la Santa Alianza y era de las más bellas ciudades europeas. Allí tuvo el General Santander importantes encuentros con el Barón Alexander von Humboldt, quien después de su viaje de estudios por Suramérica

durante 5 años, estaba en los 61 de edad en plena cúspide de su grandeza y gozaba de gran prestigio, habiendo sido nombrado consejero privado del Rey. Otros importantes contactos del general en Berlín fueron el filósofo Arthur Schopenhauer y el rico banquero judío Abraham Mendelsohn Bartoldi, cuyo hijo Felix, el compositor romántico, ya a los 21 años gozaba de merecida fama.

En Berlín y Postdam visitó y estudió Santander los ricos museos y bibliotecas, lo mismo que en su siguiente estación, Dresden, la bella capital del Reino de Sajonia, ciudad artística y cultural de enorme riqueza. De allí por la ruta de Franconia visitó y admiró Bayreuth, Nürenberg, Regensburg y la grandiosa Munich, capital del Reino de Baviera desde su establecimiento como monarquía en 1806 por el Emperador Napoleón después de Austerlitz, de todo lo cual dejó cuidadosas anotaciones en el diario.

Por el Tirol pasó los Alpes de Innsbruck a Trento, Verona y Mantua para llegar a Venecia el 6 de octubre y permanecer una semana maravillándose con sus tesoros, y luego seguir a Padua, Ferrara y Bolonia. En todas estas ciudades tuvo grandes satisfacciones con todo lo que observó y dejó escrito en su diario, así como la feliz estadía de mes y medio en Florencia, la capital del Ducado de Toscana, que juzgó con toda la razón como una de las ciudades más ricas y hermosas del mundo.

También conoció y vio varias veces el General Santander al príncipe Camilo Borghese, patricio vástago de ilustre familia de Siena que dio a la iglesia un Papa y varios cardenales y que, como la de los Médicis, se destacó por su amor y protección a la cultura. Era casado con la bellísima Paulina Bonaparte, hermana del emperador, inmortalizada por Canova en su célebre escultura como Venus reclinada desnuda, que se admira en la Villa Borghese, en Roma.

Es imposible repasar aquí las descripciones que dejó Santander en su diario ante tanta obra prodigiosa que vio en Florencia, así como la impresión que le causó Roma, la Ciudad Eterna, capital de los Estados Pontificios.

Allí asistió a la consagración del Sumo Pontífice Gregorio XVI, sucesor del Papa Pío VIII, quien falleció el 1º de diciembre de 1830. Trató de cerca a varios miembros de la familia Bonaparte, ya que la madre de Napoleón, Letizia Remolino, Madame Mere, desde la derrota de Waterloo residía en Roma en el Palacio Rinuccini en la Plaza Venecia, esquina del Corso, cerca a la casa donde vivía Santander. En su diario se refiere varias veces a Hortensia de Beauharnais, la hija de la Emperatriz Josefina, casada con Luis Bonaparte, hermano del Emperador, Rey de Holanda y padre de

Napoleón III, futuro Emperador de Francia, y tuvo con ella buena amistad; también trató a los otros hermanos de Napoleón, Luciano, Jerónimo y José, a quien tuvo oportunidad de volver a ver con frecuencia en Nueva York.

Sobre todas sus impresiones dejó detalles en su diario y en cartas a sus amigos. Al doctor Francisco Soto, le escribió sobre Italia, el país que más le interesó, en los siguientes términos: "Roma es la ciudad donde se han reunido los más grandiosos monumentos de todas las edades. Lo mejor en antigüedades egipcias, griegas y romanas, está en la capital del mundo católico. Qué sensaciones las que he experimentado visitando el foro, el anfiteatro, el capitolio y el nombre palatino. Nada en mi vida puede interesarme tanto como mis excursiones por esta ciudad. Qué gloriosa es la historia de un pueblo que después de tantos siglos merece el respeto y la admiración del mundo".

De regreso al norte, después de mes y medio en Roma, y nuevamente en Florencia, lo sorprendió el 10. de marzo la noticia de la muerte del Libertador Simón Bolívar acaecida en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830.

Al volver a París en abril de 1831, reinando Luis Felipe de Orleans, publicó Santander un artículo en *La Constitutionnel*, donde quiso aclarar su política y despejar los rumores crecientes sobre su posible regreso a Colombia.

Volvió a Londres, viajó por Escocia e Irlanda y regresó a París donde se encontró con el General Tomás Cipriano de Mosquera, su yerno el General Pedro Alcántara Herrán, su hermano don Joaquín Mosquera y don Joaquín Acosta.

Y terminado su extraordinario periplo por Europa, el General Santander se embarcó en el Havre para Nueva York el 22 de septiembre de 1831, para atracar allí el 10 de noviembre. Desde su llegada a los Estados Unidos por el puerto y ciudad de Nueva York, que le causó gran admiración, el General Santander comenzó a recibir atenciones y agasajos que le ofrecían importantes personalidades del país.

Durante casi ocho meses de permanencia, conoció un mundo diferente al que había tratado antes. En Europa sus contactos generalmente se encauzaban hacia grandes figuras del mundo artístico, político y cultural, a visitar las inmensas riquezas de museos, iglesias, bibliotecas y palacios, en medio de una sociedad antigua, culta y refinada que se mueve en un ámbito intelectual por excelencia. En los Estados Unidos, país joven, las gentes se preocupaban más por el porvenir de la nación que se levantaba pujante,

aprovechando lo mejor posible su libertad adquirida con grandes luchas y sacrificios. Por eso el General se dedicó más que todo durante su estadía en Nueva York, y sus visitas a Filadelfia y Baltimore, a conocer sistemas sociales, educativos y de salud que pudieran ser aplicables con utilidad en su patria. Todos estos proyectos y observaciones tan interesantes los comentó, además del diario, en su copiosa correspondencia desde Nueva York con sus amigos de Bogotá y Europa, como la importante y extensa que sostuvo con don Joaquín Mosquera, que el erudito académico José María de Mier ha recopilado en documentada obra como el Testimonio de una Amistad.

Durante un mes de intensa actividad en Washington, el General Santander fue recibido e invitado a comer por el presidente General Andrew Jackson, junto con su secretario de Estado Edward Livingston y los principales miembros de su gabinete. "El Hombre de las Leyes" tenía gran interés en conocer al presidente Jackson, ya que desde su prisión en Bocachica le había escrito una carta pidiéndole su intervención, carta que no tuvo respuesta. También tuvo importante amistad con el senador Henry Clay, gran hombre de estado, quien pidió al Congreso el reconocimiento de los países americanos rebeldes contra la monarquía española, y atacó la neutralidad del gobierno de los Estados Unidos en relación con su causa. Su intervención ante el Congreso fue memorable al decir: "Ningún país excede a Colombia en la discreción y buena fe de sus relaciones internacionales".

De regreso a Nueva York, recibió el General Francisco de Paula Santander la noticia de que la Convención reunida en Bogotá lo había nombrado el 9 de marzo de 1832, Presidente de la Nueva Granada. El gobierno de los Estados Unidos, por medio de su secretario de Estado Livingston, expresó al General Santander su satisfacción por el nombramiento.

El nuevo mandatario se embarcó en Nueva York el 23 de junio de 1832, junto con el comandante Joaquín Acosta y su esposa, el Coronel Honorato Rodríguez, quienes habían sido comisionados por la convención, y el joven Príncipe Pedro Bonaparte, quienes desembarcaron en Santa Marta el 17 de julio siguiente.

El General Santander había vuelto a ver en Nueva York a José Bonaparte, para entonces Conde de Survilliers, hermano mayor de Napoleón, quien lo hizo Rey de Nápoles y las dos Sicilias en 1806, y ante la abdicación de Fernando VII, lo proclamó como Rey de España el 7 de julio de 1808 con las consecuencias conocidas para la causa de las colonias americanas. José Bonaparte sabía de la amistad que había hecho el general granadino con otros miembros de su familia en Italia y fue con Santander lo suficientemente amable y deferente durante las varias veces que departieron juntos.

Pedro Bonaparte, entonces de 17 años y el General Santander, se habían conocido en casa de su tío en Nueva York, como dije era hijo de Luciano, Príncipe de Canino y de su esposa Alejandrina de Bleshamp y había nacido en Roma en 1815, el año de la derrota definitiva de su ilustre tío en Waterloo. De espíritu aventurero, su familia lo envió a los Estados Unidos a casa de José, quien por su amistad con el General Santander pidió a éste el favor de llevarlo consigo a su regreso a la Nueva Granada. Después del entusiasta recibimiento hecho en Santa Marta al nuevo mandatario, siguieron a Cartagena, donde recibió también todos los honores y luego por la vía de Ocaña, Cúcuta y Pamplona, en pesado viaje aún para el entusiasta príncipe, llegaron a la capital el 4 de octubre.

Pedro Bonaparte participó de las ceremonias inaugurales del Presidente Santander, fue objeto de multitud de agasajos y permaneció en Bogotá de dos a tres semanas. Luciano Bonaparte escribió a su hijo: "Tú pareces temer que yo no apruebe tu partida para Colombia. Por el contrario, la apruebo plenamente. Estimo mucho al General Presidente de esa República y tú no has podido hacer nada mejor que vincularte a él y a Colombia, hasta cuando la providencia vuelva a dar a nuestra hermosa Francia un gobierno republicano".

Sobre las últimas actividades públicas del General Santander dejó sus apuntes Manuel Pombo Rebolledo, quien presenció desde la barra en la Cámara de Representantes las turbulentas sesiones de 1839, la brillante réplica con que el General Santander con la grandeza y solemnidad de todo lo suyo, respondió a la fulminante diatriba que se lanzaba sobre él pero, dice el señor Pombo, quedó herido de muerte y meses después, el 6 de mayo de 1840, sucumbió a los 48 años de edad, estando a su lado su amigo el Arzobispo de Bogotá Manuel José Mosquera, quien refiriéndose al "Hombre de las Leyes" dijo que no lo olvidaría nunca ni como pastor, ni como amigo, ni como granadino.

Así llegó para el General Santander el momento que había anunciado cuando dijo: "El último día de mi vida será el primero en que la Nueva Granada no me verá ocupado de su independencia, de su honor y de sus libertades".